

QUEM TEM MEDO DA MORTE?



RICHARD SIMONETTI

¿Quién tiene miedo de la muerte?

Richard Simonetti

Traducido por R Bertolini

Índice

- 0- Sobre el Autor
- 0- Reunión concurrida
- 1- Punta de luz
- 2- El cuerpo Espiritual
- 3- Concurso Espiritual
- 4- Desligamiento
- 5- Balance
- 6- Dificultades del retorno
- 7- La mejoría de la muerte
- 8- Recurso infalible
- 9- El retraso del desligamiento
- 10- Tragedias
- 11- Fuga comprometedora
- 12- Muerte de niños
- 13- Por qué mueren las flores
- 14- Aborto
- 15- Consciencia del error
- 16- Solución infeliz
- 17- Viejo trauma
- 18- ¿Llegó la hora?
- 19- Juego peligroso
- 20- Velatorio
- 21- Velatorio ideal
- 22- En favor de él
- 23- El vestido en el guardarropa
- 24- Avisos del más allá
- 25- Extraño culto
- 26- Flores de nostalgia

27- Cremación

28- Trasplantes

29- Bendecida caridad

30- Curiosa obsesión

31- Lo más importante

32- Raíces de estabilidad

33- Joyas devueltas

34- Pasaporte

Sobre el Autor

El Autor nació en Bauru, Estado de São Paulo, el día 10 de octubre de 1935, hijo de Francisco Simonetti y Adélia Marchioni Simonetti. Casado con Tânia Regina Moreira de Souza Simonetti, tiene cuatro hijos: Graziela, Alexandre, Carolina y Giovana.

Milita en el movimiento espírita desde 1957, cuando se integró en el Centro Espirita “Amor y caridad”, en la misma ciudad, del cual es el actual presidente.

La entidad desarrolla largo trabajo en el campo doctrinario, manteniendo, aun, departamentos de asistencia social, destacándose la guardería, el Centro de selección de Migrantes, la Escuela de Orientación Social y Profesional y Casas de Sopa.

Trabajador jubilado del Banco do Brasil, ha recorrido todos los Estados brasileños, en conferencias de divulgación de la Doctrina Espírita

*“Miremos para los muertos como
para los ausentes; pensando así no
nos engañaremos”.*

Séneca

*“La muerte no es más que el
regreso a la verdadera vida.”*

Escipión

*“Nada perece y nada muere, a no ser
el revestimiento, la forma, el envoltorio
carnal, en que el Espíritu, encarcelado,
se debate, lucha, sufre, se perfecciona. Muere la forma,
esa carcasa, pero vuelve a brillar el alma,
ese gnomo de luz; ¿y que es esa existencia del cuerpo,
un soplo, ante la existencia del alma, la eternidad?
Muertos andamos nosotros, los vivos;
muertos en la vida, para resurgir vivos en la muerte.”*

Alberto Veiga

Reunión concurrida

“Para liberarse del temor de la muerte es necesario poder encararla bajo su verdadero aspecto. Esto es, haber penetrado por el pensamiento en el mundo espiritual, haciendo de él una idea tan exacta como posible.”

Allan Kardec

En una conferencia, hace algunos años, en el Centro Espirita “Amor y Caridad”, de Bauru, hablé sobre la muerte.

El trabajo estaba dividido en dos partes. Inicialmente el tema fue expuesto en la forma de una historia ilustrada con “slides” preparados por Mizael Garbin, dedicado compañero espirita de la ciudad de Mairinque. En la segunda parte respondí a preguntas. Me sorprendió el interés de los presentes. Decenas de preguntas fueron formuladas. Lo más increíble es que la conferencia ha sido repetida, anualmente, en el mismo lugar, con afluencia creciente de público. Cerca de 750 personas comparecieron en la última presentación. El mismo fenómeno en otras ciudades.

Mucha gente, muchas preguntas. Algunas se repiten, independiente del tamaño de la localidad, estado o región, relacionadas con el suicidio, accidentes fatales, desligamiento, desencarne de niños, donación de órganos, incineración, cementerio, eutanasia, aborto, asesinato, imprudencia, vicio, premonición...Entonces surgió la idea de escribir este libro, donde las preguntas más frecuentes fuesen abordadas. Una especie de cartilla de iniciación al conocimiento de la muerte, algo que interesase a todos, independiente de la creencia, ya que nadie se eximirá de un contacto directo o indirecto con ella, envolviendo su propio fallecimiento o de un familiar.

Frente a limitaciones personales, pero también para hacerlo accesible a cualquier lector, evitamos la conceptualización eminentemente técnica, así como el abordaje erudito.

En lo esencial, entretanto, guardamos fidelidad a los principios de la Doctrina Espirita, la bendecida fuente, donde recogemos la orientación precisa para enfrentar las dificultades de la vida y los enigmas de la muerte. Por lo demás, quedaré muy feliz si este libro ayuda a alguien a “matar” a la muerte, superando temores y dudas con la comprensión de que ella solo transfiere nuestra residencia para el plano espiritual.

Bauru, junio de 1986

Punta de luz

Un hombre paseaba por una calle desierta, a altas horas.

Noche oscura, sin luna, estrellas apagadas.... Seguía aprensivo. Por allí ocurrían, no es raro, asaltos... Notó que alguien le seguía.

- ¡Hola! ¿Quién hay ahí? – preguntó, asustado.

No obtuvo respuesta. Se apresuró, lo que fue imitado por el perseguidor. Corrió... El desconocido también. Aterrado, en precipitada carrera, tan rápido, mientras sus piernas lo permitían, corazón galopando en el pecho, pulmones en brasa, pasó delante de una punta de luz. Miró para atrás y, como por encanto, el miedo se desvaneció. Su perseguidor era solo un viejo burro, acostumbrado a acompañar a caminantes.

La historia se asemeja a lo que ocurre con la muerte. La inmortalidad es algo intuitivo en la criatura humana. Sin embargo, muchos tienen miedo, porque desconocen enteramente el proceso y lo que les espera en la espiritualidad.

Las religiones que deberían preparar a los fieles para la vida más allá del túmulo, concientizándolos de la supervivencia y abriendo la cortina que separa a los dos mundos, poco hacen en este sentido, ya que se limitan a incursiones por el terreno de la fantasía.

El Espiritismo es la “punta de luz” que ilumina los caminos misteriosos del retorno, ahuyentando temores irracionales y opresiones perturbadoras.

Con la Doctrina Espirita podemos encarar la muerte con serenidad, preparándonos para enfrentarla. Eso es muy importante, fundamental incluso, ya que se trata de la única certeza de la existencia humana: ¡todos moriremos algún día!

La Tierra es un taller de trabajo para los que desenvuelven actividades edificantes, en favor de la propia renovación; un hospital para los que corrigen desajustes nacidos de vicios pasados; una prisión, en expiación dolorosa, para los que rescatan deudas relacionadas con crímenes cometidos en existencias anteriores; una escuela para los que ya comprenden que la vida no es un mero accidente biológico, ni la existencia humana una simple jornada recreativa; pero no es nuestro hogar. Este está en el plano espiritual, donde podemos vivir en plenitud, sin las limitaciones impuestas por el cuerpo carnal.

Comprensible, pues, que nos preparemos, superando temores y dudas, inquietudes y engaños, a fin de que, al llegar nuestra hora, estemos habilitados a un retorno equilibrado y feliz.

El primer paso en este sentido es el de quitar a la muerte el aspecto fúnebre, mórbido, temible, sobrenatural... Hay condicionamientos milenarios en este sentido.

Hay personas que simplemente rechazan aceptar el fallecimiento de un familiar o el suyo propio. Dejan el asunto para un futuro remoto. Por eso se desajustan cuando llega el tiempo de la separación.

“¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?” pregunta el apóstol Pablo (I Corintios 15:55), demuestran que la fe supera los temores y angustias de la gran transición.

El Espiritismo nos ofrece recursos para encarnar la muerte con idéntica fortaleza de ánimo, inspirados, igualmente, en la fe. Una fe que no es éxtasis de emoción. Una fe lógica, racional, consciente. Una fe inquebrantable de quien conoce y sabe lo que le espera, esforzándose para que le espere lo mejor.

El cuerpo Espiritual

- ¡Desencarnar!... ¡Parece cosa de carnicero! – comentaba, jocosamente, un amigo, católico convencido.

Y yo, en el mismo tono: El hombre desencarna, sale de la carne. Es más, eres tan delgado que probablemente vayas a desen-huesar, salir de los huesos.

Curiosa la resistencia a la expresión desencarnar. Comprensible que el materialista no lo acepte. Al final, para él todo termina en la tumba...Lo mismo no debería ocurrir con las personas que aceptan la sobrevivencia, adeptos de cualquier religión.

Si concebimos que la individualidad sobrevive a la muerte física, ella se impone para definir el proceso que libera al Espíritu de la carne.

Necesario para una comprensión mejor del asunto considerar la existencia del cuerpo espiritual o periespíritu, conforme explican las preguntas 150 y 150-a, de “El libro de los Espíritus”:

150 - ¿Conserva el alma su individualidad después de la muerte?

- Sí, jamás la pierde. ¿Qué sería si no la conservara?

150 a - ¿Cómo comprueba el alma su individualidad, puesto que ya no tiene cuerpo material?

- Posee todavía un fluido que le es propio, que toma de la atmósfera de su planeta y que tiene la apariencia de su última encarnación: su periespíritu.

Bastantes esclarecedoras son, también, las preguntas 135 y 135-a:

¿Hay en el hombre otra cosa fuera del alma y el cuerpo?

- Existe el vínculo o lazo que une el alma con el cuerpo.

¿Cuál es la naturaleza de ese vínculo?

- Semimaterial, esto es, intermedia entre la naturaleza del Espíritu y el cuerpo. Y ello es necesario para que ambos puedan comunicarse el uno con el otro. Mediante ese lazo obra el Espíritu sobre la materia, y viceversa.

Comenta Kardec:

Así pues, el hombre está formado por tres partes esenciales, a saber:

Primera: El cuerpo, o ser material, análogo al de los animales y animado por el mismo principio vital.

Segunda: El alma, Espíritu encarnado cuya habitación es el cuerpo.

Tercera: El principio intermediario, o periespíritu, sustancia semimaterial que sirve de primera envoltura al Espíritu y une el alma con el cuerpo. Tales son, en un fruto, el germen, el periespermo y la corteza.

Desde los tiempos más lejanos los estudiosos admiten la existencia de un cuerpo extracarnal, vehículo de manifestación del Espíritu en el plano en que actúa (en el plano físico, uniéndolo a la carne; en el plano espiritual, compatibilizándolo con las características y los seres de la región donde se sitúe).

El apóstol Pablo se reporta al periespíritu cuando dice en la II Epístola a los Corintios (12:2 al 4):

“Conozco un hombre en el Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé: Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y conozco al tal hombre, (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé: Dios lo sabe), que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que el hombre no puede decir.”

Mientras la máquina física dormía, atendiendo a los imperativos del descanso, Pablo, en cuerpo espiritual, se desplazaba a las Esferas Superiores, conducido por mentores amigos, a fin de recibir preciosas orientaciones.

Intentando, tal vez, definir la naturaleza de su experiencia, él comenta, en la Epístola a los Corintios (15:40): “Hay cuerpos celestes y cuerpos terrestres”.

Semejantes desplazamientos no son un privilegio de los santos. Todas las criaturas humanas lo hacen, diariamente, durante el sueño, con registros fugaces y fragmentarios en la forma de sueños. Considérese, entretanto, que la naturaleza de esas excursiones es determinada por las actividades en la vigilia. Por eso, el hombre común, preso a intereses inmediatistas, configurando placeres, vicios y ambiciones, a parte de una total indiferencia por la autoperfeccionamiento espiritual y la disciplina de las emociones, no tiene la mínima condición para las experiencias sublimes como la de Pablo.

Todos “morimos”, diariamente, durante el sueño. Pero, para transitar con seguridad y lucidez en las regiones más allá del túmulo, en esas horas, aprovechando integralmente las oportunidades de aprendizaje, trabajo y edificación, es preciso cultivar los valores del espíritu durante la vigilia. En caso contrario estaremos en el Plano Espiritual como peces fuera del agua.

Concurso Espiritual

La expresión “desligamiento” define bien el proceso de la desencarnación. Para que el Espíritu se libere debe ser desligado del cuerpo físico, ya que permanecemos unidos a él por cordones fluídicos que sustentan nuestra comunión con la materia.

Observadas las necesidades de especialización, como ocurre en cualquier actividad humana, hay técnicos que se aproximan al desencarnante, promoviendo, con recursos magnéticos, su liberación. Solamente individuos muy evolucionados, con gran desarrollo mental y espiritual, prescinden de esa ayuda. Eso significa que siempre contaremos con ayuda especializada en la gran transición, al lado de la presencia de amigos y familiares que nos antecedieron. Naturalmente, el apoyo mayor o menor de la Espiritualidad está subordinado a los méritos del desencarnante. Si virtuoso y digno, merecerá atención especial, y tan pronto sea consumada la desencarnación, será conducido a las instituciones asistenciales que favorecerán su readaptación a la Vida Espiritual.

Ya los que se comprometieron con el vicio y el crimen, despreocupados de la disciplina y del discernimiento, serán desligados en el momento oportuno, pero permanecerán entregados a la propia suerte, estando por tiempo indeterminado en el Umbral, franja oscura que circunda la Tierra, formada por las vibraciones mentales de multitudes de Espíritus encarnados y desencarnados dominados, aun, por impulsos primitivos de animalidad.

La tradición religiosa consagró la extrema unción, en que un oficiante, con ritos y rezos, promueve la absolución del moribundo, con relación a sus pecados, antecedida, siempre que sea posible, de la confesión, garantizándole un ingreso feliz en el Más Allá. Sin embargo, la realidad mostrada por la Doctrina Espirita es bien diferente. Fórmulas verdales y ritualistas no tienen repercusión ninguna en los dominios de la Muerte. Lo mismo ocurre con el arrepentimiento formal, que refleja mucho más temor de los castigos más allá del túmulo que la consciencia de la propia indigencia espiritual.

El hijo pródigo, en la inolvidable parábola de Jesús, permaneció a la distancia del bienestar del hogar, en angustiante situación, hasta que “cayó en sí”, reconociendo que vivía miserablemente, enfrentando privaciones que no existían ni incluso para los siervos más humildes en la casa paterna. Se dispuso, entonces, a empezar la larga jornada de retorno. Para sorpresa suya, fue recibido con júbilo inmenso por su padre.

Hijos de Dios, creados a Su imagen y semejanza, dotados de Sus potencialidades creadoras, intrínsecamente destinados al Bien, presentándonos a largos estadios en regiones de sufrimiento, más allá del túmulo, siempre que nos comprometemos con el Mal, hasta que, a semejanza del hijo pródigo, reconocemos nuestra miseria moral, iniciando laboriosa jornada de renovación.

Desligamiento

La desencarnación, la manera como el Espíritu, con su revestimiento periespiritual, deja el cuerpo, es inaccesible a la Ciencia de la Tierra, en su estadio actual de desarrollo, ya que ocurre en la dimensión espiritual, que ningún instrumento científico, por más sofisticado que sea, ha conseguido ver.

Estamos, por tanto, circunscritos a las informaciones de los Espíritus, que chocan en las dificultades impuestas por nuestras limitaciones (algo como explicar el funcionamiento del sistema endocrino a un niño), y por la ausencia de similitud (elementos de comparación entre los fenómenos biológicos y los espirituales). Sin entrar, por tanto, en detalles técnicos, se podría decir que el desencarne comienza por las extremidades y va completándose en la medida en que son desligados los cordones fluídicos que prenden al Espíritu al cuerpo.

Se sabe que el moribundo presenta manos y pies fríos, un fenómeno circulatorio, ya que el corazón debilitado no consigue bombear adecuadamente la sangre. Pero es también un fenómeno de desligamiento. En la medida en que este se desarrolla, las áreas correspondientes dejan de recibir la energía vital que emana del Espíritu y sustenta la organización física. En la extensión de ese proceso, cuando es desligado el cordón fluídico que prende al Espíritu al cuerpo, a la altura del corazón, este pierde la sustentación periespiritual y deja de funcionar. Cesa, entonces, la circulación sanguínea y la muerte se consuma en pocos minutos.

La Medicina dispone hoy de amplios recursos para reanimar al paciente cuando el corazón entra en colapso.

El masaje cardíaco, el choque eléctrico, la ampliación intracardiaca de adrenalina han salvado a millares de vidas, cuando aplicados inmediatamente, antes que se degeneren las células cerebrales por falta de oxigenación. Tales socorros son eficientes cuando se trata de un mero problema funcional, como el infarto, un estrangulamiento de la irrigación sanguínea en determinada área del corazón, en virtud de trombo o de estrechamiento de la arteria.

El infarto puede implicar en desencarne, pero no siempre significa que llegó la hora de la Muerte, tanto que son frecuentes los casos en que la asistencia médica recupera el paciente. Si, entretanto, la parada cardíaca fue determinada por el desligamiento del cordón fluídico, ningún médico, por más hábil, ningún recurso de la Medicina, por más eficiente que sea, podrá hacer el prodigio de reanimarlo. El proceso se vuelve irreversible.

Balance

La inminencia de la muerte dispara un curioso proceso de reminiscencia. El moribundo revive, en corto espacio de tiempo, las emociones de toda la existencia, que se suceden en su mente como una prodigiosa película con imágenes proyectadas en una velocidad vertiginosa.

Es una especie de balance existencial, un levantamiento de débito y crédito en la contabilidad divina, definiendo la posición del Espíritu al retornar a la Espiritualidad, frente a sus acciones buenas o malas, considerándose que podrán favorecerlo solamente los valores que “las polillas no roen ni los ladrones roban”, a que se refería Jesús, conquistados por el esfuerzo del Bien. Se trata de un mecanismo psicológico automático que puede ser disparado en la intimidad de la consciencia sin que la muerte sea consumada. Son frecuentes los casos en que el “muerto” resucita, espontáneamente o mediante las movilizaciones de recursos variados.

Hay médicos que vienen investigando el asunto, particularmente en los Estados Unidos, donde se destaca el doctor Raymond A. Moody Júnior, que en el libro “Vida después de la Vida” describe experiencias variadas de personas declaradas clínicamente muertas.

Vale destacar que esos relatos confirman las informaciones de la Doctrina Espirita. Los entrevistados se reportan al “balance” de sus existencias. Abordan, también, temas familiares a los espiritas, como: cuerpo espiritual o periespíritu; la dificultad de percibir la condición de “muerto”; el contacto con benefactores espirituales y familiares; la facilidad en “sentir” lo que las personas están pensando; la posibilidad de volitar, con increíble sensación de ligereza; la visión de los despojos carnales y las impresiones extremadamente desagradables de los que intentaron el suicidio.

Las investigaciones revelaron que tales fenómenos son frecuentes, envolviendo pacientes variados, y que estos generalmente silencian al respecto, temiendo ser juzgados mentalmente debilitados.

En “**El Evangelio según el Espiritismo**” Allan Kardec comenta que la universalidad de los principios espiritas (concordancia en las manifestaciones de los Espíritus, obtenidas a través de múltiples médiums en diversos países), garantiza su autenticidad, ya que sería imposible una coincidencia tan generalizada. De la misma forma la autenticidad de las pesquisas del Dr. Moody es demostrada estadísticamente por los relatos de centenas de pacientes que retornaron del Más Allá, abordando los mismos aspectos a que nos referimos, aunque profesaran diferentes conceptos religiosos, se situaron en variadas posiciones culturales y sociales y residían en regiones diversas.

La experiencia de revivir la propia existencia en circunstancias dramáticas puede representar para el resucitado una advertencia, concientizándolo de que es preciso esforzarse en la propia renovación, a fin (de no situarse “fallido” en el Plano Espiritual en cuanto efectivamente llegue su hora).

Dificultades del retorno

La progresiva debilidad del paciente, llevándolo a la inconsciencia, representa una especie de anestesia general para el Espíritu que, con raras excepciones, duerme para morir, no teniendo conocimiento de la gran transición.

Individuos equilibrados, con amplio bagaje de realizaciones en el campo del Bien, superan la “anestesia de la muerte”, y pueden perfectamente acompañar el trabajo de los técnicos espirituales. Eso podrá ocasionarle algún malestar, como un paciente que presenciase una delicada intervención quirúrgica en sí mismo, pero les favorecerá la integración en la vida espiritual.

Consumado el desprendimiento se situará plenamente consciente, lo que no ocurre con el hombre común que, durmiendo para morir, se siente aturdido al despertar, conmovido por impresiones de la vida material, particularmente aquellas relacionadas con las circunstancias del desencarne.

Compañeros familiarizados con las manifestaciones de Espíritus sufridores, en reuniones mediúnicas, conocen bien ese problema. Los comunicantes generalmente ignoran su nueva condición, se quejan de la indiferencia de los familiares, que no les dan atención, sintiéndose perturbados y afligidos. Sin preparación para la gran transición, no consiguen liberarse de las experiencias de la vida material, se sitúan como peces fuera del agua o más exactamente como extraños enfermos mentales, viviendo en un mundo de fantasía, en el interior de sí mismos. La disipación de esa perturbación mental pide el concurso del tiempo.

El amparo de los benefactores espirituales y las oraciones de familiares y amigos pueden acelerar el esclarecimiento, pero, fundamentalmente, este estará subordinado a su grado de compromiso con las fantasías humanas y a la capacidad de asimilar las nuevas realidades.

La falta de preparación para la Muerte caracteriza multitudes que regresan todos los días, sin la mínima noción de lo que les espera, después de años de indiferencia por los valores más nobles. Son personas que nunca meditaron sobre el significado de la jornada terrestre, de donde vinieron, porque están en este Mundo, cual es su destino. Sin la brújula de la fe y el bagaje de las buenas acciones, se sitúan perplejos y confusos. En ese aspecto, forzoso reconocer en el Espiritismo un bendecido curso de iniciación a las realidades más allá del túmulo. El espiritista, frente a informaciones amplias y precisas que recibe, ciertamente aportará con mayor seguridad en el continente invisible, sin grandes problemas para identificar la nueva situación, aunque tales beneficios no le confieren el derecho de entrar en comunidades venturosas. Eso dependerá de lo que hizo y no de lo que sabe.

El “balance de la muerte” definirá si tenemos condiciones para “pagar” el ingreso en regiones más elevadas con la moneda de la virtud y el espiritista ciertamente será convocado a desembolsar el “agio del conocimiento”, partiéndose del principio lógico: más se pedirá a quien más haya recibido.

La mejoría de la muerte

Delante del agonizante el sentimiento más fuerte en aquellos que se unen a él afectivamente es la de la pérdida personal.

“¡Mi marido no puede morir! ¡Él es mi apoyo, mi seguridad!”

“¡Mi esposa querida! ¡No me dejes no podré vivir sin ti!”

“¡Hijo mío, hijo mío! ¡No te vayas! ¡Eres muy joven!”

“¿Qué será de mi vejez sin tu amparo?”

Curiosamente, nadie piensa en el moribundo. Incluso los que aceptan la vida más allá del túmulo se multiplican en vigilias y oraciones, rechazando admitir la separación. Ese comportamiento sobrepasa los límites de la afectividad, desembocando en el viejo egoísmo humano, algo parecido con el presidiario que no quiere aceptar la idea de que su compañero de prisión va a ser liberado.

El exacerbamiento de la tristeza, en gestos de inconformidad y desespero, genera hilos fluídicos que tejen una especie de tela de retención, promoviendo la sustentación artificial de la vida física. Semejantes vibraciones no evitarán la muerte. Solo la retardarán, sometiendo al desencarnante a una carga mayor de sufrimientos. Es natural que, delante de un serio problema físico cayendo sobre alguien muy querido, experimentemos aprensión y angustia.

Necesario, pues, que no caigamos para la rebeldía y el desespero, que siempre complican los problemas humanos, principalmente los relacionados con la muerte.

Cuando los familiares no aceptan la perspectiva de la separación, formando la indeseable tela vibratoria, los técnicos de la Espiritualidad promueven, con recursos magnéticos, una recuperación artificial del paciente que, “más para allá que para aquí”, sorprendentemente comienza a mejorar, recobrando la lucidez y diciendo algunas palabras...

Generalmente tal situación es desarrollada en la madrugada. Exhaustos, pero aliviados, los “retentores”, van a descansar, diciendo:

“¡Gracias a Dios! ¡El Señor escuchó nuestras oraciones!”

Aprovechando la tregua en la vigilia de retención los benefactores espirituales aceleran el proceso desencarnatorio e inician el desligamiento. La muerte viene a recoger a un pasajero más para el Más Allá.

Raros los que consideran la necesidad de ayudar al desencarnante en la traumatizante transición. Por eso es frecuente la utilización de ese recurso de la Espiritualidad, apartando a aquellos que, más allá de no ayudar, estorban. Existe hasta un dictado popular al respecto del asunto:

“Fue la mejoría de la muerte! ¡Mejóro para morir!”

Recurso infalible

La muerte, con raras excepciones, es traumatizante. Al final, el Espíritu deja un vehículo de carne del cual está tan íntimamente asociado que se le figura, generalmente, parte indisociable de su individualidad (o toda ella para los materialistas). Por otro lado, pocos están preparados para la jornada obligatoria, cuando dejamos la estrecha isla de las percepciones físicas rumbo al glorioso continente de las realidades espirituales.

Impregnados por intereses y preocupaciones materiales, los viajeros enfrentan comprensibles dificultades. En tal circunstancia, tanto el paciente que se debilita paulatinamente, como los familiares en dolorosa vigilia, pueden valerse de un recurso infalible: la oración. Por sus características eminentemente espiritualizantes, representando un esfuerzo por superar los condicionamientos de la tierra para una comunión con el Cielo, ella favorece un “viaje” tranquilo para los que parten.

Los que quedan encuentran en ella una tranquilidad providencial que ameniza las sensaciones de pérdida personal, llenando el vacío que se abre en sus corazones con la reconfortante presencia de Dios, fuente bendecida de seguridad, equilibrio y serenidad en todas las situaciones. Sin embargo, la eficiencia de la oración está subordinada a una condición esencial: el sentimiento.

Si simplemente repetimos palabras, en fórmulas verbales, caemos en un proceso mecánico inocuo. Solo el corazón consigue comunicarse con Dios, dispensando verbalismos.

El propio “Padre Nuestro”, la sublime oración enseñada por Jesús, no es ningún recurso mágico, cuya eficiencia este subordinada a la repetición. Se trata de una ruta relativa a nuestra actitud en la oración, iniciándose con la orientación de que debemos estar con mucha confianza, porque Dios es nuestro padre, y termina enseñando que es preciso vencer al mal que existe en nosotros con el combate sistemático a las tentaciones. Se destaca aquella frase concisa “sea hecha tu voluntad, así en la Tierra como en el Cielo”, en que Jesús deja bien claro que compete a Dios definir lo que es mejor para nosotros.

En cualquier circunstancia, particularmente en la gran transición, si nutrimos sentimientos de desespero e inconformidad, saldremos del santuario de la oración tan perturbados y afligidos como cuando entramos.

Cuando el desencarnante y sus familiares controlan las emociones, cultivando, en oración, sentimientos de confianza y arrepentimiento, los técnicos de la Espiritualidad encuentran facilidad para promover el desligamiento, sin traumas mayores para el que parte, sin desequilibrios para los que quedan.

El retraso del desligamiento

Muerte física y desencarne no ocurren simultáneamente. El individuo muere cuando el corazón deja de funcionar. El Espíritu desencarna cuando se completa el desligamiento, lo que demanda algunas horas o algunos días.

Básicamente el Espíritu permanece unido al cuerpo mientras son muy fuertes en él las impresiones de la existencia física.

Individuos materialistas, que hacen de la jornada humana un fin en sí, que no reflexionan de objetivos superiores, que cultivan vicios y pasiones, quedan retenidos por más tiempo, hasta que la impregnación fluídica animalizada de que se revisten sea reducida a niveles compatibles con el desligamiento. Ciertamente los benefactores espirituales pueden hacerlo de inmediato, tan pronto se de el colapso del cuerpo. Sin embargo, no es aconsejable, ya que el desencarnante tendría dificultades mayores para ajustarse a las realidades espirituales.

Lo que aparentemente sugiere un castigo para el individuo que no vivió la existencia ajustado con los principios de la moral y de la virtud, es solo una manifestación de misericordia. No obstante, la presión y las sensaciones desagradables que vaya a enfrentar, en la contemplación de sus despojos carnales en descomposición, tal circunstancia es menos traumatizante que el desligamiento inesperado.

Hay, al respecto de la muerte, concepciones totalmente distanciadas de la realidad. Cuando alguien muere fulminado por un infarto violento, se acostumbra a decir: “¡Que muerte maravillosa! ¡No sufrió nada!”. Sin embargo, es una muerte indeseable. Falleciendo en plena vitalidad, salvo si es altamente espiritualizado, tendrá problemas de desligamiento y adaptación, pues serán muy fuertes en él las impresiones e intereses relacionados con la existencia física.

Si la causa de la muerte es el cáncer, después de prolongados sufrimientos, en dolores atroces, con el paciente debilitándose lentamente, descomponiéndose en vida, se dice: “¡Que muerte tan horrible! ¡Cuánto sufrimiento!”

Paradójicamente, es una buena muerte. Enfermedad prolongada es un tratamiento de belleza para el Espíritu. Las enfermedades físicas actúan como un inestimable recurso terapéutico, ayudándolo a superar las ilusiones del Mundo, más allá de depurarlo como válvulas de escape de las impurezas morales.

Se destaca que el progresivo agravamiento de su condición torna al enfermo más receptivo a las llamadas de la religión, a los beneficios de la oración, a las meditaciones sobre el destino humano. Por eso, cuando la muerte llega, él está preparado y hasta la espera, sin apegos, sin temores. Algo semejante ocurre con las personas que desencarnaron en edad avanzada, cumplidos los plazos concedidos por la Providencia Divina, y que mantuvieron un comportamiento disciplinado y virtuoso. En ellas la vida física se extingue mansamente, como una vela que oscila y se apaga, poco a poco del todo, proporcionándoles un retorno tranquilo, sin mayores dificultades.

Tragedias

Multitudes regresan a la Espiritualidad, diariamente, envueltas en circunstancias trágicas: incendios, derrumbes, terremotos, ahogamientos, accidentes aéreos y automovilísticos...

“¿Por qué?” – preguntan, angustiados los familiares.

La Doctrina Espirita demuestra que tales ocurrencias están asociadas a experiencias evolutivas. No es raro, que representan el rescate de deudas kármicas contraídas con el ejercicio de la violencia en el pasado.

Todos “dudamos” cuando nos vemos con muertes así involucrando a nuestros seres queridos. Muchos, desorientados, se sumergen en crisis de desespero y rebeldía, reacción comprensible ante el impacto inesperado. Solamente el tiempo, fluyendo incesantemente, en el pasar de los días, amenizará sus angustias, sugiriendo un retorno a la normalidad.

La vida continúa...

Considérese, entretanto, que el desencarnado no puede esperar. Personaje central de la tragedia, se sitúa perplejo y confuso. Aunque amparado por benefactores espirituales, enfrenta previsible dificultades de adaptación, sintiendo repercutir en él mismo las emociones de los familiares. Si estos cultivan reminiscencias infelices, deteniéndose en los dolorosos pormenores del funesto acontecimiento, fatalmente lo llevan a revivirlo con perturbadora insistencia.

Imaginemos a alguien siendo víctima en un incendio, reviviendo el infierno de las llamas bajo la inducción del pensamiento inquieto y atormentado de los que no se conforman...

En las manifestaciones de esos Espíritus hay una situación común: la llamada para que los familiares retornen a la normalidad y retomen sus actividades, desarrollando nuevos intereses, particularmente los relacionados con la práctica del Bien, bálsamo divino para los dolores de la separación.

En el libro “Vida en el más allá”, psicografiado por Francisco Cândido Xavier, el Espíritu del joven Willian José Guagliardi, desencarnado juntamente con otros cincuenta y ocho, en un accidente con autobús escolar que se precipitó en un río, en São José do Rio Preto, se dirige a su madre, confortándola. De entre otras consideraciones, dice:

“Estoy presente, rogándote que me ayudes con tu paciencia. He sufrido más con tus lágrimas que yo con la liberación de mi cuerpo... Eso, mamá, porque tu dolor me aferra a recuerdos de todo lo que sucedió y cuando comienzas a preguntar cómo habría sido el desastre, en el silencio de tu desespero, me siento de nuevo asfixiándome.”

Es evidente que no vamos a tener impasible tranquilidad, considerando natural que alguien muy querido parta trágicamente. Por más amplia que sea nuestra comprensión,

sufriremos mucho. Tal vez no exista angustia mayor. Necesario, con todo, que mantengamos la serenidad, cultivando una confianza en Dios, no por nosotros solamente, sino, sobre todo en beneficio de aquel que se fue. Más que nunca él necesita de nuestra ayuda.

Fuga comprometedora

Sin duda, la más trágica de todas las circunstancias que envuelven a la muerte, de consecuencias devastadoras para el desencarnante, es el suicidio. Lejos de encuadrarse como expiación o prueba, en el cumplimiento de los designios divinos, el auto aniquilamiento se sitúa como desastrosa fuga, una puerta falsa en que el individuo, creyendo liberarse de sus males, se precipita en situación mucho peor.

“El mayor sufrimiento de la Tierra no se compara al nuestro” – dicen, invariablemente, suicidas que se manifiestan en reuniones mediúmnicas.

Tormentos indescriptibles se desmoronan sobre ellos a partir de la consumación del gesto lamentable. Precipitados violentamente en la Espiritualidad, en plena vitalidad física, reviven, ininterrumpidamente, por largo tiempo, los dolores y emociones de los últimos instantes, confinados, en regiones tenebrosas donde, según la expresión evangélica, “hay lloro y crujir de dientes”.

Uno de los grandes problemas del suicida es el daño al cuerpo periespiritual. Aquellos que mueren de forma violenta, en circunstancias ajenas a su voluntad, registran en el periespíritu marcas e impresiones relacionadas con el tipo de desencarne que sufrieron. Son, entretanto, pasajeras y tenderán a desaparecer tan pronto ocurra su plena reintegración en la Vida Espiritual.

Lo mismo no ocurre con el suicida, que exhibe en la organización periespiritual heridas correspondientes a la agresión cometida contra el cuerpo físico. Si se dio un tiro en el cerebro tendrá graves lesiones en la región correspondiente; si ingirió soda caustica experimentará extensa ulceración a la altura del aparato digestivo; si se lanzó delante de un tren tendrá traumas generalizados.

Tales efectos, que contribuyen en gran parte para los sufrimientos del suicida, exigen, generalmente, un contacto con una nueva estructura carnal, en la experiencia reencarnatoria, para ser superados. Y fatalmente se reflejarán en ella. El tiro en el cerebro originará dificultades de raciocinio; la soda caustica implicará graves deficiencias en el aparato digestivo; el impacto violento bajo las ruedas del tren ocasionará complejos cuadros neurológicos...

Como ocurre en todos los casos de muerte violenta, el suicida experimentará un inevitable agravamiento de sus padecimientos en la medida en que la familia se sumerja en el desespero y en la inconformidad, exacerbados, no es raro, por complejos de culpa.

“¡Ah! ¡Si hubiésemos actuado diferente! ¡Si le diéramos más atención! ¡Si intentáramos comprenderlo!”

Inútil conjeturar en torno del hecho consumado. Delante de un herido, en grave e inesperado desastre, sería contraproducente estar imaginando que podría no haber ocurrido si obrásemos diferente.

¡Ocurrió! ¡No se puede cambiar! Necesario mantener el equilibrio y cuidar del paciente. Lo mismo ocurre con el suicida. Él necesita, urgentemente, de ayuda. Indispensable que reaccionemos al desespero y cultivemos la oración. Este es el bálsamo confortador, el aliento nuevo para sus padecimientos en el Más allá, el gran recurso capaz de volverlo a levantar. Y si nos parece desalentador atentar a las prolongadas y penosas experiencias del compañero que partió voluntariamente, consideramos que sus sufrimientos no serán inútiles.

Representarán para él un severo aprendizaje, madurándolo y habilitándolo para respetar la Vida y volverse para Dios.

Muerte de niños

El desencarne en la infancia, incluso en circunstancias trágicas, es más tranquilo, ya que en esa fase el Espíritu permanece en estado de somnolencia y despierta lentamente para la existencia terrestre. Solamente a partir de la adolescencia es cuando entrará en la plena posesión de sus facultades.

Ajeno a las circunstancias humanas él se exime de envolverse con vicios y pasiones que tanto comprometen la experiencia física y dificultan un retorno equilibrado a la Vida Espiritual. El problema mayor es la tela de retención, formada con intensidad, ya que la muerte de un niño/a provoca una gran conmoción, incluso en personas no unidas a él o ella directamente.

Símbolo de pureza y de la inocencia, alegría del presente y promesa para el futuro, el pequeño/a ser resume las esperanzas de los adultos que rehúsan encarar la perspectiva de una separación.

En favor del desencarnante es preciso imitar actitudes como la de Amaro, personaje del libro “Entre la tierra y el cielo”, del Espíritu Andre Luiz, psicografía de Francisco Cándido Xavier, delante del hijo de un año, desengañado por el médico, acercándose la muerte. En la madrugada, mientras otros familiares duermen, él permanece en vigilia, meditando. Describe el autor:

“La aurora comienza a reflejarse en el firmamento en largas rayas coloradas, cuando el ferroviario abandonó la meditación, aproximándose al hijo casi muerto.

“En un gesto conmovedor de fe, retiró de la pared un viejo crucifijo de madera y lo colocó en la cabecera del agonizante. En seguida, se sentó en la cama y acomodó al niño en su regazo con especial ternura. Amparado espiritualmente por Odilia, que lo unía, miró sobre la imagen del Cristo Crucificado y oró en voz alta:

“- ¡Divino Jesús, compadécete de nuestras debilidades!...

¡Tengo mi espíritu frágil para lidiar con la muerte! Danos fuerza y comprensión...
¡Nuestros hijos te pertenecen, pero como nos duele devolverlos, cuando tu voluntad nos lo reclama de vuelta!...

“El llanto, le embargaba la voz, pero el padre sufridor, demostrando su imperiosa necesidad de oración, prosiguió:

“- Si es de tu designio que nuestro hijo parta, Señor, ¡recíbelo en tus brazos de amor y luz! ¡Concédenos, pues, el preciso valor para soportar, valerosamente, nuestra cruz de nostalgia y dolor!...

¡Danos resignación, fe, esperanza!... ¡Ayúdanos a entender tus propósitos y que tu voluntad se cumpla hoy y siempre!...

“Amaro es casado en segundas nupcias. Odila es la primera esposa, desencarnada.

“Chorros de zafirina claridad escapaban de su pecho, envolviendo al niño, que, poco a poco, adormeció.

“Julio se apartó del cuerpo de carne, acogiéndose en los brazos de Odila, a la manera de un huérfano que busca templado nido de caricias”.

La actitud fervorosa de Amaro, su profunda confianza en Jesús, sustenta su equilibrio y favorece el retorno de Julio, el hijo muy amado, a la patria espiritual, conforme estaba previsto.

Por qué mueren las flores

No hay lugar para el acaso en la existencia humana. Dios no es un jugador de dados distribuyendo alegría y tristeza, felicidad e infelicidad, salud y enfermedad, vida y muerte, aleatoriamente.

Existen leyes instituidas por el Creador que disciplinan la evolución de Sus criaturas, ofreciéndoles experiencias compatibles con sus necesidades. Una de ellas es la Reencarnación, determinando que vivamos múltiples existencias en la carne, como alumnos internados en un colegio, periódicamente, para un aprendizaje específico.

El conocimiento reencarnatorio nos permite descubrir los intrincados problemas del Destino.

Dios sabe lo que hace cuando alguien retorna a la Espiritualidad en plena floración infantil.

Hay suicidas que reencarnan para una jornada breve. Su frustración, después de largos y trabajosos preparativos para adentrarse en la carne, los ayudará a valorizar la existencia humana y a superar la tendencia de huir de sus problemas con el auto-aniquilamiento. Al mismo tiempo, el contacto con la materia representará un benéfico tratamiento para los desajustes periespirituales provocados por el traslocado gesto. Niños portadores de graves problemas congénitos, que culminan con la desencarnación, se encuadran perfectamente en esa condición.

Podrán, si es oportuno, reencarnar nuevamente en la misma familia, pasado algún tiempo, en mejores condiciones de salud y con más amplia disposición para enfrentar las pruebas de la Tierra. No es raro, el hijo que nace después de la muerte de un hermano revela un idéntico patrón de comportamiento, con las mismas reacciones y tendencias.

“Es igualito al hermano que murió!” comentan los familiares.

¡Igualito, no! Es él mismo de retorno para un nuevo aprendizaje...

Hay, también, Espíritus evolucionados que reencarnan con el propósito de despertar impulsos de espiritualidad en viejos afectos, sus padres y hermanos, ayudándolos a superar el inmediatismo de la vida terrestre. Se sitúan como niños adorables, frente a su posición evolutiva, extramente simpáticas, inteligentes y amorosas. Los padres les consagran extremado afecto, eligiéndolas como principal motivación existencial. Su desencarnación los deja perplejos, traumatizados. Sin embargo, en la medida en que emergen del cansancio y del desespero, experimentan un bendecido desencanto de las futilidades humanas y sienten el despertar de insospechada vocación para la religiosidad, en lo que son estimulados por los propios hijos que, invisibles a su mirada, les hablan en la intimidad del corazón, en la sintonía de la nostalgia. Los que se lanzan sobre el ataúd de un niño muy amado comprenderán un día que la separación de hoy es parte de un programa de madurez espiritual que les proporcionará una unión más íntima,

una felicidad más amplia y duradera en el glorioso reencuentro que ineluctablemente ocurrirá.

Aborto

Después de la fecundación del óvulo por el espermatozoide el Espíritu reencarnante es unido al embrión, constituyendo un ser humano que habitará el vientre materno por nueve meses, protegido en su fragilidad hasta que pueda enfrentar el mundo exterior.

El aborto se sitúa, así, como una desencarnación. Si es natural, cuando el organismo materno no consigue sustentar el desarrollo del bebé, configura una prueba relacionada con infracciones a las leyes divinas, tanto para los padres, que experimentan la frustración del deseo de ser padres, (se acrecienta en la mujer los sufrimientos e incomodidades consecuente de la interrupción del embarazo), como para el reencarnante, que ve malogrado su anhelo de retorno a la carne.

Ya el aborto criminal configura un crimen hediondo, no siempre pasible de punición por la justicia humana (en algunos países la legislación proporciona a la mujer el derecho de arrancar al hijo de sus entrañas, matándolo), pero inexorablemente sujeto a las sanciones de la Justicia Divina, alcanzando no solo a las madres, sino también los que directa o indirectamente se involucran con él (familiares que sugieren y profesionales que lo realizan).

La mujer que asesina al hijo indefenso en la intimidad de si misma, bajo la alegación de que es dueña de su cuerpo, es un sofisma materialista. Nuestro cuerpo es un préstamo de Dios para la jornada humana. Mucho más que derechos tenemos deberes vinculados a su uso.

Lo primero es el de preservarlo, utilizándolo disciplinadamente, con consciencia de sus necesidades.

Lo segundo es el de respetar la vida generada dentro de él, en obediencia a los designios divinos, ya que el Creador compete decidir sobre los destinos de la criatura.

La literatura espírita es pródiga en ejemplos sobre las consecuencias funestas del aborto delictuoso, que provoca en la mujer graves desajustes periespirituales, reflejándose en el cuerpo físico, en la existencia actual o futura, en la forma de cáncer, esterilidad, infecciones renitentes, frigidez...

Problemas de esa naturaleza, frecuentes en la actualidad, demuestran con propiedad como está diseminada esa práctica criminal. Muchas mujeres llegan al cúmulo de usar habitualmente sustancias químicas abortivas siempre que ocurre un atraso menstrual, sin pensar si están embarazadas. Siembran aflicciones que fatalmente recogerán...

En el aborto natural el Espíritu retorna a la Espiritualidad sin mayores problemas. Bien tenues son los lazos que lo prenden al cuerpo, no solo por tratarse de inicio del proceso reencarnatorio, sino también frente al mal determinante del desencarne, que lo sitúa como paciente terminal. Consumada la desencarnación, el Espíritu podrá reasumir su personalidad anterior, volviendo a lo que era, añadiendo la breve experiencia.

Si no tuviera suficiente madurez mental para eso, permanecerá en la Espiritualidad como un recién nacido, a la espera de la ayuda del tiempo, que lo habilite a retomar la conciencia de si mismo, desarrollándose como un niño/a, o preparándose para una nueva inmersión en la carne. En el aborto criminoso la situación es más compleja. El Espíritu sufre el trauma provocado por la muerte violenta, aunque amenizado por el hecho de no estar comprometido con los engaños del mundo.

Tratándose de algo no programado, fruto de la irresponsabilidad de los padres, su frustración será mayor.

La readaptación será semejante al del Espíritu perjudicado por el aborto natural. Considérese, entretanto, que, si es moralmente inmaduro, su expulsión podrá provocar en él exacerbado rencor contra los padres, transformándolo en perseguidor implacable de aquellos que rechazaron concederle la oportunidad del recomienzo.

Muchos males que afligen a la mujer, después del crimen del aborto, prolongándose indefinidamente, a pesar de los recursos de la Medicina nacen de esa influencia.

Consciencia del error

El conocimiento espiritista ha evitado que muchas mujeres se comprometan en el aborto provocado, ese “asesinato intrauterino”, pero, constituye, también, un tormento para aquellas que lo practicaron. Miedo, remordimiento, angustia, depresión, son algunas de sus reacciones.

Naturalmente eso ocurre siempre que somos informados de lo que nos espera frente a un comportamiento desajustado. Sin embargo, equivocados están los que pretenden ver en la Doctrina Espiritista la reedición de doctrinas escatológicas fustigantes y anatematizadoras.

Apoyándose en la lógica y en el raciocinio y exaltando la libertad de conciencia, el Espiritismo no condena, esclarece; no amenaza, concientiza. Y mucho más que revelar el mal que hay en el hombre, tiene por objetivo ayudarlo a encontrar el Bien. Espíritus inmaduros, comprometidos con liviandades e inconsecuencias, somos todos, o no estaríamos en la Tierra, planeta de expiación y pruebas.

Pesa sobre nuestros hombros el pasado delictuoso, imponiéndonos experiencias dolorosas. No por eso debemos atravesar la existencia cultivando complejos de culpa.

Lo que distingue a la mujer que practicó el aborto es solo una localización en el tiempo. Ella se comprometió hoy, tanto como todos nos comprometemos con males tal vez más graves, en vidas anteriores. Y si muchos están rescatando sus crímenes en las gradas del sufrimiento, con cobros rigurosos de la Justicia Divina, simplemente porque nada hicieron al respecto, hay que considerar la posibilidad de redimirnos con el ejercicio del Bien.

“Misericordia quiero y no sacrificio” dice Jesús, recordando al profeta Oseas (Mateo 9:13), demostrando que no necesitamos flagelarnos o esperar que la Ley Divina nos flagele para el rescate de débitos.

El ejercicio de la misericordia, en el empeño del Bien, nos ofrece una opción más tranquila. La mujer que cometió el crimen del aborto puede perfectamente renovar su destino disponiéndose a trabajar en favor de la infancia desvalida, en iniciativas como adopción de hijos, socorro a niños carentes, trabajo voluntario en guarderías, orfanatos...

Su empeño en este sentido le proporcionará una preciosa iniciación en las bendiciones de la Caridad y del Amor, habilitándola a la renovación y al reajuste, sin traumas y sin tormentos.

Solución infeliz

El termino eutanasia, cuyo significado es “muerte feliz”, fue creado por el filósofo Francis Bacon. Él argumentaba que el médico tiene la responsabilidad de aliviar enfermedades y dolores, no solamente con la cura del mal, sino también proporcionando al enfermo una muerte calmada y fácil, si el problema es irreversible.

Aunque universalmente considerada homicidio, la eutanasia cuenta con la benevolencia de la justicia cuando es aplicada en pacientes terminales atormentados por dolores y aflicciones. Son rarísimos los procesos contra personas involucradas en ese crimen.

En algunos países se piensa en considerarla un simple acto médico con el consentimiento del propio enfermo o de familiares, en el piadoso propósito de abreviar sus padecimientos.

Las religiones en general se manifiestan contrarias a la eutanasia, partiendo de dos principios fundamentales:

Primero: Compete a Dios, señor de nuestros destinos, promover nuestro retorno a la Espiritualidad. En la Tabla de los Diez Mandamientos Divinos, recibida por Moisés en el Monte Sinaí, donde están los fundamentos de la justicia humana, hay la recomendación inequívoca: “No matarás”.

Segundo: Nadie puede afirmar con absoluta seguridad que un paciente está irremediamente condenado. La literatura médica es pródiga en ejemplos de pacientes en estado desesperado que se recuperan.

El Espiritismo ratifica tales consideraciones y nos permite ir más allá, demostrando que la eutanasia no solo interrumpe la depuración del Espíritu encarnado por la enfermedad, como le impone serias dificultades en el retorno al Plano Espiritual.

André Luiz aborda ese asunto en el libro “Obreros de la vida eterna”, psicografía de Francisco Cândido Xavier, al describir el desencarne de Cavalcante, dedicado servidor del Bien, impresionado por injustificables temores de la muerte. A pesar de sus méritos y el amplio apoyo de los amigos espirituales que lo asistían, él simplemente rechazaba morir, apegándose a la vida física con todas las fuerzas de su alma. Con el moribundo inconsciente y sin ningún familiar para consultar, el medico decide, arbitrariamente, abreviar sus padecimientos, aplicándole una dosis letal de anestésico.

Dice André Luiz:

“En pocos instantes, el moribundo se calló. Se le endureció los miembros poco a poco. Se inmovilizó la máscara facial.

Se hicieron vítreos los ojos móviles.

“Cavalcante, para el espectador común, estaba muerto. No para nosotros, entretanto.

La personalidad desencarnante estaba presa al cuerpo inerte, en plena inconsciencia e incapaz de cualquier reacción”.

Jerónimo, el mentor que acompañaba a André Luiz, explica:

“La carga fulminante de la medicación de descanso, por actuar directamente en todo el sistema nervioso, interesa los centros del organismo periespiritual. Cavalcante permanece, ahora, agarrado a trillones de células neutralizadas, durmientes, inválido, él mismo, de extraño entumecimiento que lo imposibilita de dar cualquier respuesta a nuestro esfuerzo. Probablemente solo podremos libertarlo después de pasadas más de doce horas”.

Finalizando, el autor acentúa:

“Y, conforme la primera suposición de Jerónimo, solamente nos fue posible la liberación del recién desencarnado cuando ya habían transcurrido veinte horas, después del trabajo muy laborioso para nosotros. Aun así, Cavalcante no se retiró en condiciones favorables y animadoras. Apático, somnoliento, desmemoriado, fue por nosotros llevado al asilo de Fabiano (1), demostrando necesitar de mayores cuidados”.

Aplicada desde las culturas antiguas, la eutanasia, lejos de situarse como “muerte feliz”, es una solución infeliz para el paciente, más allá de constituirse en lamentable falta de respeto a los designios de Dios.

(1) Institución socorrista del Plano Espiritual.

Viejo trauma

Recomendaciones:

- ¡Solo me entierran cuando comience a oler mal!...
- No me entierren. ¡Quiero ser incinerado!...
- Cumplan rigurosamente el plazo de veinticuatro horas para el entierro. ¡No importan las circunstancias de mi muerte!...

En conferencias sobre la muerte, la pregunta frecuente es:

- ¿Si paso por un trance letárgico y me despierto en la tumba, que pasará conmigo?

La respuesta jocosa:

- Nada de especial. Simplemente morirás en pocos minutos, por falta de aire.

* * *

Increíble la preocupación de las personas con la posibilidad de ser enterradas vivas, alimentada por viejas leyendas de cadáveres extrañamente girados en el ataúd cuando este es abierto, meses o años después del entierro. Tal vez hechos de esa naturaleza hayan ocurrido en los siglos pasados, particularmente por ocasión de epidemias o de batallas, donde, delante de la cantidad de cuerpos a ser sepultados, se pasaba por encima de ese elemental cuidado de verificar si el individuo estaba realmente muerto.

Nuestros ancestrales habrán confundido, no es raro, la letargia con la muerte condenando a las víctimas de su ignorancia a un desencarne por asfixia. En la actualidad es prácticamente imposible enterrar a alguien vivo, desde que la familia pida la presencia de un médico (lo que en Brasil es impuesto por ley, ya que no se puede preparar el entierro sin el atestado de óbito firmado por un profesional de la Medicina y este no puede hacerlo sin el competente examen del difunto).

El médico constatará fácilmente si el candidato al atestado está realmente muerto o en estado letárgico. En la letargia no cesan las funciones vitales. El organismo permanece en funcionamiento, pero de forma latente, imperceptible a la observación superficial. Con el estetoscopio él verificará tranquilamente si hay circulación sanguínea, sustentada por los latidos cardiacos. Si ocurre una parada cardiaca la muerte se consuma en cuatro minutos. El examen oftálmico también es conclusivo.

Verificándose la midriasis, una amplia dilatación de la pupila, sin respuesta a los estímulos luminosos, el fallecimiento está consumado.

Nos parece que los temores al respecto del asunto tiene origen en problemas de desligamiento, ya que es muy común el Espíritu permanecer preso al cuerpo por algunas horas o días, después del entierro, por falta de preparación para la muerte. Considerando que ciertamente todos ya pasamos por esa desagradable experiencia en vidas anteriores, guardamos en el interior de nuestra consciencia traumas que se manifiestan en el temor

de ser enterrados vivos. La comprensión de los mecanismos de la muerte, aliada a la observancia de los compromisos de la vida, nos ayudarán a superar esa incomoda herencia de nuestras descuidadas experiencias del pasado.

¿Llegó la hora?

“¡Solo el pavo muere en la víspera!” – dice el adagio popular, haciendo referencia al hecho de que nadie desencarna antes que llegue su día. En realidad, ocurre lo contrario. Pocos cumplen integralmente el tiempo que les fue concedido, con raras excepciones, el hombre terrestre atraviesa la existencia presionando la máquina física, comprometiendo su estabilidad.

Destruimos el cuerpo de fuera para dentro con los vicios, la intemperancia, la indisciplina...

El alcohol, el tabaco, los tóxicos, los excesos de alimentación, tanto como la ausencia de ejercicios, de cuidados de higiene y de reposo adecuado, minan la resistencia orgánica a lo largo de los años, abreviando la vida física.

Destruimos el cuerpo de dentro para fuera con el cultivo de pensamientos negativos, ideas infelices, sentimientos desequilibrantes, envolviendo celos, envidia, pesimismo, odio, rencor, rebeldía... Hay individuos tan habituados a reaccionar con irritación y agresividad, siempre que son contrariados, que un día “implosionan” el corazón en un infarto fulminante. Otros “ahogan” el sistema inmunológico en un diluvio de tristezas y resentimientos, depresiones y angustias, favoreciendo la evolución de tumores cancerígenos. Tales circunstancias fatalmente implicarán en problemas de adaptación, como ocurre con los suicidas.

Aunque la situación de los que desencarnan prematuramente en virtud de intemperancia mental y física sea menos complicado, ya que no pretendían la muerte, aun así, responderán por los perjuicios causados a la máquina física, que repercutirán en el periespíritu, imponiéndoles penosas impresiones.

Como siempre, tales desajustes se reflejarán en el nuevo cuerpo, cuando vuelvan a la experiencia reencarnatoria, originando deficiencias y males variados que actuarán por indispensables recursos de reajuste.

No somos propietarios de nuestro cuerpo. Lo usamos por un tiempo indeterminado, como alguien que alquila un coche para un largo viaje. Hay un programa a ser observado, incluyendo itinerario, ruta, duración, manutención.

Si abusamos del cuerpo, acelerándolo con indisciplinas y tensiones, envenenándolo con vicios, olvidando los lubricantes del optimismo y del buen ánimo, fatalmente nos veremos delante de graves problemas mecánicos. Más allá de interrumpir el viaje, perjudicando lo que fue planeado, seremos llamados a prestar cuentas de los daños provocados en un vehículo que no es nuestro.

En un futuro, en un nuevo “viaje”, probablemente tendremos un “trasto” con limitaciones variadas, exigiendo mayor suma de cuidados, imponiéndonos benéficas disciplinas.

Juego peligroso

Hace un juego siniestro, de humor negro, atribuido a los soviéticos, denominado “ruleta rusa”. Se sortea el primer participante, que introduce una bala en un revolver. En seguida gira aleatoriamente el tambor, coloca el cañón en la cabeza y aprieta el gatillo.

Si escucha un clic respirará aliviado y pasará el arma al compañero. Este repetirá el ritual. Así harán ambos, sucesivamente, hasta que uno de ellos se vuele los sesos.

Variante brasileña es la “ruleta paulista”, practicada por jóvenes en São Paulo, hace años. Consistía en cruzar calles a alta velocidad, sin respetar señales de tráfico, montados en sus potentes motos. Al sabor de la suerte el motorista podría llegar ileso al otro lado o chocar con otro vehículo.

Muertes de esa naturaleza no pueden ser atribuidas a la fatalidad. Tanto como los que presionan el cuerpo con sus excesos, estos partidarios de la aventura regresan prematuramente a la Espiritualidad, expulsados de su propio cuerpo, después de destruirlo con su inconsecuencia. Son suicidas inconscientes. Nunca pararon para pensar que acabarían matándose y que responderían por eso.

Algo semejante ocurre con millares de personas, en el mundo entero, que se hacen pedazos en las carreteras, en accidentes fatales. Aunque muchas de esas tragedias sean kármicas, representando el rescate de viejas deudas, hay de aquellas que no estaban programadas. Ocurrieron por imprudencia.

En cualquier sector de actividades hay leyes humanas y divinas a ser observadas. En las carreteras las primeras establecen límites de velocidad, líneas de tránsito, señalización, cambios de sentido, carriles de adelantamiento. Las segundas orientan al respecto de la Vida, sea nuestra o del semejante.

Siempre que dejamos de cumplirlas nos arriesgamos a tener funestos acontecimientos que complican la existencia, normalmente cuando involucramos a otras personas.

Somos artífices de nuestro destino y lo hacemos a corto, medio y largo plazo, en el día a día, en la extensión de nuestras acciones. En un momento de imprudencia podemos complicar la vida física o dejarla antes de tiempo.

Evidentemente todo eso representa una experiencia, en un planeta de expiación y pruebas como la Tierra, donde la Sabiduría Divina armoniza los eventos y aprovecha hasta nuestra inconsecuencia para enseñarnos, ya que siempre recogemos los frutos de ella, aprendiendo lo que debemos o no hacer. Sin embargo, podríamos aprender de forma más suave, con prudencia, orando y vigilando, según la expresión evangélica.

Los que no lo hacen juegan una “ruleta existencial”, colocándose en problemas que podrían ser evitados y a sufrimientos no programados.

Velatorio

Cuando comparecemos aun velatorio cumplimos un sagrado deber de solidaridad, ofreciendo bienestar a la familia.

Infelizmente, tendemos a hacerlo por la mitad, con la presencia física, ignorando lo que podríamos definir por compostura espiritual, expandiéndose en el respeto por al ambiente y en el empeño de ayudar al muerto.

Superada la larga fase de los dolientes, en que obligatoriamente la presencia de la muerte era encarada como algo terrible inspirando compulsorios sentimientos de dolor, con la participación de lágrimas abundantes, fuimos a parar en el extremo opuesto en que, excluidos los familiares, los espectadores parecen estar en una oportuna reunión social, donde viejos amigos se reencuentran, con el anhelo de “poner la conversación al día”. Se cuentan chistes, se habla de fútbol, política, sexo, modas...

Nadie se da al trabajo siquiera de reducir el volumen de la voz, en un zumbido increíble, principalmente al acercarse el horario del entierro, cuando el recinto acoge el mayor número de personas.

El fallecido es siempre recordado, hasta con palabras elogiosas (en principio todo muerto es bueno, conforme la vieja tradición humana), pero fatalmente las reminiscencias desembocan en aspectos negativos de su comportamiento, generando chistes y cotilleos.

Imaginemos la situación incómoda del Espíritu, aun unido al cuerpo, sumergido en un océano de vibraciones heterogéneas, “contribución” lamentable de personas que comparecen en nombre de la amistad, pero obran como indisciplinados espectadores dificultando la tarea de diligente equipo de socorro en el esfuerzo por retirar a un herido, de los escombros de una casa que se desmorona....

Preso a la residencia temporal transformada en ruina física por la muerte, el desencarnante, en estado de inconsciencia, recibe el impacto de esas vibraciones de falta de respeto y desajustantes que lo alcanzan penosamente, particularmente las de carácter personal. Como si viviese una terrible pesadilla él quiere despertar, lucha por readquirir el dominio del cuerpo, quedándose angustiado y afligido.

En un velatorio concurrido, con expresivo acompañamiento al túmulo, se comenta:

“¡Que bonito entierro! ¡Cuánta gente!”.

Sin embargo, no siempre lo que nos parece agradable es bueno, principalmente cuando enfrentamos la realidad física con la espiritual. Cuanto mayor el número de personas, más heterogéneas las conversaciones, más cargado el ambiente, mayor el impacto sobre el fallecido.

Hace algún tiempo estuve en un hospital preparando el entierro de un indigente. Acertada la documentación necesaria, el muerto partió para el cementerio en un coche

fúnebre, sin ningún acompañamiento. Yo mismo no pude hacerlo por motivos de obligación profesional.

“¡Que tristeza! ¡Velatorio vacío! ¡Entierro solitario!”

Espiritualmente, mejor así. No había nadie para confundir y los benefactores espirituales pudieron realizar más tranquilamente su tarea, liberando al prisionero de estrecha prisión de carne para reconducirlo a los gloriosos horizontes espirituales.

Velatorio ideal

Comparecimos, cierta vez, al velatorio de un compañero de Doctrina. Los familiares, espiritistas también, perfectamente conscientes de los problemas relacionados con el desligamiento, le ofrecieron un inestimable apoyo y edificante ejemplo de equilibrio y compostura que sensibilizó a mucha gente.

No había ningún aparato fúnebre. Solo flores, muchas flores y música suave, convidando a la meditación. Viuda e hijos recibían las condolencias con serenidad, vertiendo lágrimas discretas, amenizando el trance de amargura con una perfecta conformación a los Designios Divinos. Se pedía silencio y oración. Por dos o tres veces, en el pasar de las horas, eran leídos, en voz pausada, textos espiritistas relacionado con la muerte, destacando a los presentes de sus responsabilidades delante de alguien que, en las puertas de la Vida Espiritual, ave presto a dejar la jaula que lo aprisiona, tiene las alas aun frágiles y comprensibles inhibiciones, problemas que pueden ser agravados o minimizados por los presentes.

Antes que fuese cerrada la urna mortuoria, en el horario aplazado, alguien habló brevemente sobre el significado de la muerte, indebidamente situada como el fin de la vida, cuando es solo una extensión de ella, en horizontes más amplios, inaccesibles a la mirada humana, destacando curiosa contradicción:

En la dimensión física la sensación de la pérdida personal, la atmósfera de tristeza, la dolorida nostalgia...

En la dimensión espiritual la alegría de familiares y amigos, anticipando el reencuentro feliz...

En seguida el expositor convidó a la oración, dirigiéndose a Jesús, situándolo por divino intermediario del cariño y de la solicitud de todos en favor del pasajero de la Eternidad, deseándole mucha paz y un feliz regreso a la Patria Espiritual.

Quien conoce los problemas a que se envuelve el desencarnante, tiene el indeclinable deber de contribuir para que los velatorios se transformen en ambientes de mucho respeto y compostura. Podemos hacerlo a partir de nuestro propio ejemplo.

Seamos prudentes. Cultivemos el silencio, conversando, si es necesario, en voz baja, de forma edificante. Hablemos del muerto con discreción, evitando presionarlo con recuerdos y emociones pasibles de perturbarlo, principalmente si son trágicas las circunstancias de su fallecimiento. Y oremos mucho en su beneficio...

Si no conseguimos mantener semejante comportamiento, mejor que nos retiremos, evitando engrosar el ruidoso concierto de voces y vibraciones sin respeto que tanto confunden al muerto.

En favor de él (2)

Amigo.

Si cultivas un principio religioso, sabes que la muerte no es el fin. El Espíritu eterno, con los potenciales de inteligencia y sentimiento que definen su individualidad, simplemente deja la cárcel de carne, como mariposa libre del capullo, rumbo a la amplitud.

Raros, entretanto están preparados para la grandiosa jornada. Pocos ejercitan alas de virtud y desprendimiento.

Natural, por tanto, que el “muerto” experimente dificultades de adaptación a la realidad espiritual, principalmente cuando no cuenta con la cooperación de aquellos que comparecen al velatorio, en el arrastrar de las horas que preceden al entierro.

El bullicio de las conversaciones vacías y de los comentarios menos edificantes, así como los desvaríos de la inconformidad y el desequilibrio de la emoción, repercuten en su consciencia, imponiéndole penosas impresiones.

Si es alguien muy querido a tu corazón, considera que él necesita de tu valor y de tu confianza en Dios. Si no aceptas la separación, cuestionando los Designios Divinos, tu desespero lo alcanza, inclemente, como devastador vendaval de angustias es el amigo que admiras, por quien nutres especial consideración, ríndele el homenaje del silencio, respetando la solemne transición que le define nuevos rumbos...

Si tu presencia se inspira en deberes de solidaridad, ofrécele, en la intimidad del corazón, la caridad de la oración sencilla y espontánea, sustentándole el ánimo.

Acuérdate de que un día también estarás de pies juntos, tumbado en una urna mortuoria y, aun preso a las impresiones de la vida física, desearás, ardientemente, que respeten tu memoria y no perturban tu desprendimiento, amparándote con los valores del silencio y de la oración, de la serenidad y de la comprensión, a fin de que atravesen con seguridad los umbrales de la Vida Eterna...

(2) Distribuimos este mensaje en los velatorios de Bauru, con buena receptividad. Teniendo en vista la heterogeneidad de creencias de las personas presentes, evitamos alusiones más claras a los problemas del desprendimiento.

El vestido en el guardarropa

Las escenas más fuertes de las películas de terror, aquellas “de miedo”, muestran, generalmente, urnas funerarias y cadáveres. Los cineastas que explotan el miedo mórbido y atávico de la criatura humana en relación con la muerte, para atender a los que cultivan el insólito placer de llevar sustos, se verán en la posibilidad de escoger otros temas, en la proporción en que comprendemos que la caja fúnebre es solo una caja de madera forrada de paño y que el cadáver nada más es que la vestimenta carnal de alguien que, después de la práctica terrestre, regresó al mundo de origen – al Plano Espiritual.

Sería ridículo sentir escalofrío al contemplar un guardarropa o, dentro de él, el traje de un familiar ausente. Sin embargo, es exactamente eso lo que ocurre con mucha gente en relación con la muerte.

Conocemos personas que, sistemáticamente, se recusan en comparecer a velatorios, no queriendo el contacto con cajones de difuntos, incluso cuando se trate de familiares, dominados por indefinibles temores. Probablemente tiene traumas relacionados con ocurrencias trágicas en el pasado.

Para la gran mayoría, sin embargo, el problema tiene origen en la forma inadecuada de encarar la gran transición, principalmente por un defecto de formación en la edad infantil.

Me acuerdo de que, en mis verdes años, varias veces fui solicitado a besar familiares muertos, lo que hacía con desagrado, opuesto al contacto de mis labios con la frente fría, pálida y rígida de alguien que yo conocía pleno de vida, con quien convivía y que ahora se quedaba, inerte, solemne, sombrío...

Y me dejaba contagiar por las lágrimas de desespero y doloridas lamentaciones de los menos prudentes, sedimentando en mi cabeza la idea de que la muerte es algo de terrible y pavoroso, una infeliz imagen que solamente en la edad adulta, con el conocimiento espiritista, conseguí superar.

Es necesario mucho cuidado con los niños, habituándolos a la concepción de que somos seres espirituales eternos, usando un vestido de carne que un día dejaremos, así como se abandona un traje desgastado, después de un determinado tiempo de uso.

Es de esta forma que el cuerpo sin vida debe ser mostrado al niño, cuando se disponga a verlo, explicándole, en imágenes sencillas, de acuerdo con su entendimiento, que el abuelo, la tita, el papá o cualquier familiar desencarnado, fue a vivir a otro lugar, donde tendrá una ropa nueva y mucho mejor. Igualmente, importante es el ejemplo de serenidad y equilibrio de los adultos, ofreciendo a los pequeños una visión más adecuada de la muerte, situándola como la separación transitoria de alguien que no murió. Solo se fue.

Avisos del más allá

El Doctor Flávio Pinheiro, dedicado y fiel médico espiritista de Ibitinga, me buscó.

– Richard, vine a convidarlo para un “oficio fúnebre”. Quiero que “encomiendes mi alma” pronunciando una oración antes del entierro. Y pide al personal para no perturbarme con lamentaciones y tristezas.

- ¡Que es eso, Doctor! ¡No morirá tan temprano! ¡Tiene muchas deudas que rescatar!...

- Si, querido amigo, soy un gran pecador. Solo que voy a desencarnar así mismo. Debo someterme a una delicada e inaplazable cirugía cardiaca, en São Paulo y tengo certeza de que estoy de partida para la Espiritualidad.

Aunque censurando su pesimismo, concordé en atender a la insistente solicitud. Algunos días después fui llamado al cumplimiento de la promesa. El Doctor Flávio Pinheiro falleció en plena cirugía.

* * *

La boda sería sencilla, sin fiesta. Solo la presencia de familiares y pocos amigos. De entre estos la joven novia hacia preguntas de uno muy querido: Caetano Aiello, viejo trabajador espiritista de Bauru.

- ¿Cuánto tiempo falta? – preguntó el convidado.

- Tres meses.

- ¡Ah! Entonces no será posible...

- ¿No vas a venir? ¡Discuto contigo! ¡Tu presencia es indispensable! ¡Cancela otros compromisos!

- Este compromiso no lo puedo cancelar, hija mía. El “personal de allí arriba” me va diciendo que en breve me tengo que ir...

Dos meses después Caetano Aiello, que no tenía ningún problema grave de salud, enfermó y, en pocos días, falleció.

Tenemos aquí las famosas premoniciones. El individuo experimenta fuerte impresión en cuanto a la inminencia de un acontecimiento (primer caso), o se siente informado al respecto de él (segundo caso). Así como muchos animales poseen determinados mecanismos que les permiten captar la proximidad de una tempestad o de un temblor de tierra, antes que se manifieste, hay personas dotadas de sensibilidad especial para prever situaciones futuras. Eso es instintivo en ellas.

En relación con la muerte la premonición es frecuentemente disparada a partir de la interferencia de benefactores espirituales, con el objetivo de ayudar al candidato al desencarne y a sus familiares. Aunque pueda ser asustadora, prepara psicológicamente a

las personas involucradas en relación con acontecimientos que no las cogerán desprevenidas, ni se constituirán en sorpresa chocante.

Principalmente cuando envuelve un desencarne trágico, como en un accidente de tránsito, la información premonitoria es profundamente consoladora, permitiendo a la familia comprender que no hubo nada de fortuito, ocasional y, mucho menos, en el instituto de las pruebas humanas.

Extraño culto

- ¿Hola, paseando?
- Si, voy a visitar a mi hijo.
- ¡¿Cómo?! ¡Pero él no murió?!
- Voy al cementerio...

Este diálogo surrealista ocurre con frecuencia. Las personas se disponen a visitar a los muertos en el cementerio. Llevan flores y cuidan con mucho cariño de la tumba, la “última morada”.

Determinados cultos religiosos llegan a orientar a sus profesantes en el sentido de llevarles alimentos. Y hay la tradicional quema de velas, para “iluminar los caminos del más allá”.

Cierta vez, en mi infancia, algunos compañeros y yo, jóvenes habilidosos, fuimos al cementerio donde “robamos” decenas de velas, pretendiendo usarlas en nuestras bromas. Al tener conocimiento de la proeza, mi abuela, una viejita italiana muy querida, celosa de las tradiciones religiosas, las recogió todas y, después de regañarme con severidad por la falta de respeto, las encendió en el balcón de nuestra casa.

- Velas por intención de las Almas – explicó solemne – ¡deben quemar hasta el fin!

Di gracias a los Cielos por verla desistir de la idea de obligarme a volver al cementerio, en plena noche, devolviéndolas, encendidas, a los “propietarios”. Con la generosidad que le era peculiar, aceptó el argumento de que sería imposible identificar exactamente las sepulturas de donde las retiramos.

Hay una increíble deformación en las concepciones al respecto del asunto. Mucha gente no consigue asimilar plenamente la idea de que el Espíritu eterno sigue su destino en el Plano Espiritual, dejando en el cementerio solo ropas carnales en descomposición, que nada tiene que ver con su individualidad, tanto como el traje de un individuo no es él mismo.

La frecuencia a los cementerios se configura, así, como un auténtico “culto a los cadáveres”, que desaparecerá en la proporción en que la criatura humana, asimila nociones más amplias sobre la vida espiritual.

Resáltese que cuando pensamos intensamente en aquellos que partieron es como si los evocásemos, trayéndolos hasta nosotros. No convirtamos, por tanto, las necrópolis en “salas de visita del más allá”. Hay lugares más agradables para ese contacto principalmente para el “muerto”.

Si él desencarnó recientemente y aun no está perfectamente adaptado a las nuevas realidades, se sentirá con pocas ganas de contemplar sus despojos carnales.

Flores de nostalgia

Si pretendemos venerar la memoria de familiares queridos, transferidos para el Más Allá, elijamos el lugar ideal: nuestra casa.

Usemos muchas flores para adornar la Vida, en el acercamiento al hogar; nunca para exaltar la muerte, en la frialdad del cementerio. Ellos preferirán, invariablemente, recibir nuestro mensaje de cariño, por el correo de la añoranza, sin el sello fúnebre.

Es bueno sentir añoranza. Significa que hay amor en nuestros corazones, el sentimiento supremo que presta significado y objetivo a la existencia.

Cuando amamos de verdad, con aquel afecto puro y despojado, que tiene en las manos el ejemplo mayor, nos sentimos fuertes y resolutos, dispuestos a enfrentar el Mundo. Y tal vez Dios haya inventado la ilusión de la muerte para que superemos la tendencia milenaria de aprisionar el amor en círculos cerrados de egoísmo familiar, enseñándonos a cultivarlo en plenitud, en el esfuerzo de la fraternidad, del trabajo en favor del semejante, que nos lleve a las realizaciones más nobles.

No permitamos, así, que la añoranza se convierta en motivo de angustia y opresión. Usemos los filtros de la confianza y de la fe, dulcificándola con la comprensión de que las uniones afectivas no se encerrarán en la sepultura.

El Amor, esencia de la Vida, se extiende, indestructible, a las moradas del Infinito, puente sublime que sustenta, indeleble, la comunión entre la Tierra y el Cielo...

Hay, pues, dos motivos para no cultivar la tristeza:

Sentimos añoranza – no estamos muertos...

Nuestros amados no están muertos sienten añoranzas...

Y si fuésemos capaces de orar, arrepentidos y serenos, en esos momentos de evocación, rociando las flores de la añoranza con la bendición de la esperanza, sentiremos la presencia de ellos entre nosotros, envolviendo suavemente nuestros corazones con cariñosos perfumes de alegría y paz...

Cremación

El miedo de ser enterrado vivo induce a mucha gente a pensar en la propia incineración. Se quema el cadáver evitando el problema. Pero hay una duda que inspira la pregunta más frecuente en las conferencias sobre la muerte:

- Si en el crematorio yo aún estoy preso al cuerpo, ¿qué ocurrirá?

En esas oportunidades, acostumbro a decir:

- Bien, en el interior del horno la temperatura alcanza mil cuatrocientos grados centígrados. Considerando que el agua hierve a cien grados, podemos imaginar lo que es eso. Queda tan caliente que el propio cadáver entra en combustión. Entonces, en medio de las llamas, si el fallecido está lleno de concepciones teológicas medievales, imaginará, horrorizado:

“¡Dios mío! ¡Estoy en el Infierno!”

Se trata, evidentemente de una broma para demostrar a los presentes, ante un tema tan fúnebre.

Cualquier persona esclarecida, de cualquier religión, sabe que el Infierno de fuego, donde las almas arden, en tormentos eternos, sin consumirse, es una fantasía desarrollada en tiempos pasados, cuando los principios religiosos se imponían mucho más por el miedo que por la lógica. Sabemos hoy que Cielo o Infierno no son lugares geográficos. Existen en el interior de cada uno, resultado de nuestras acciones.

Objetivamente podríamos responder a la pregunta informando que, si el Espíritu esta unido al cuerpo no sufrirá dolores, porque el cadáver no transmite sensaciones al Espíritu, pero obviamente experimentará impresiones extremadamente desagradables, más allá del trauma por causa del desligamiento violento y prematuro.

Oportuno destacar algunas consideraciones de Emmanuel, en el libro “El consolador”, psicografía de Francisco Cândido Xavier:

“En la cremación, se hace necesario ejercer la piedad con los cadáveres, postergando por más horas el acto de destrucción de las vísceras materiales, pues, de cierto modo, existen siempre muchos ecos de sensibilidad entre el Espíritu desencarnado y el cuerpo, donde se extinguió el tono vital, en las primeras horas siguientes al desenlace, en vista de los fluidos orgánicos que aun solicitan al alma para las sensaciones de existencia material”.

El propio Chico, en la entrevista en la extinta televisión Tupi, en 1971, transmite una nueva información de Emmanuel:

Se debe esperar por lo menos setenta y dos horas para la cremación, tiempo suficiente, por lo que parece, para el desprendimiento, salvo algunas excepciones incluyendo suicidas o personas muy presas a los vicios y a los intereses humanos. (3)

En los hornos crematorios de São Paulo se espera un plano legal de veinticuatro horas. Sin embargo, la regulación permite que el cadáver permanezca en cámara frigorífica por el tiempo que la familia desee. Espiritas acostumbran a pedir tres días. Hay quien pide siete días.

Importante reconocer, sin embargo, que mucho más importante que semejantes cuidados sería cultivar una existencia equilibrada, marcada por el esfuerzo de la autorrenovación y de la práctica del Bien, liberándonos prontamente, sin traumas, sin preocupaciones con el destino de nuestro cuerpo.

(3) Consta en el Libro “Chico Xavier. De los Hippies a los problemas del mundo”. Cap 18.

Trasplantes

El avance de la Medicina en técnicas quirúrgicas y el descubrimiento de medicamentos que eliminan o reducen sustancialmente los problemas de rechazo, abren horizontes muy amplios para el trasplante de órganos. Son habituales, actualmente, en los grandes centros médicos, los de córnea, huesos, piel, cartílagos y vasos; se multiplican los de corazón, riñones e hígados, considerados imposibles hace algunas décadas. Así como los bancos de sangre, surgen los que se especializan en ojos, huesos, piel...

Considerando el hecho de que el Espíritu no se desprende inmediatamente después de la muerte, surgen algunas dudas: ¿Sentirá dolores? ¿Experimentará repercusiones en el periespíritu? ¿Quién dona sus ojos no sufrirá problemas de visión en la Espiritualidad?

Normalmente el acto quirúrgico no implica dolor para el desencarnante. Como ya comentamos, la agonía impone una especie de anestesia general al moribundo, con reflejos en el Espíritu, que tiende a dormir en los momentos cruciales de la gran transición. Aunque conserve la consciencia, el cuerpo en colapso generalmente no transmite sensaciones de dolor. No hay, también, reflejos traumatizantes o inhibidores en el cuerpo espiritual, en contrapartida a la mutilación del cuerpo físico.

El donante de ojos no se volverá ciego en el Más Allá. Si así fuese, ¿qué sería de aquellos que tienen el cuerpo consumido por el fuego o desintegrado en una explosión?

La integridad del periespíritu está íntimamente relacionada con la vida que llevamos y no al tiempo de muerte que sufrimos o a la destinación de nuestros despojos carnales. En ese aspecto, importante destacar siempre, la mayor violencia que nos afecta periespiritualmente, sumergiéndonos en infiernos de angustia y dolor, es el suicidio. No obstante, en relación con los trasplantes hay un problema para ser resuelto: tratándose de órganos vitales como el corazón y el hígado, la cirugía debe tener inicio tan pronto ocurra la muerte cerebral (cuando el cerebro deja de funcionar), antes que se consuma la muerte clínica, determinada por la parada cardíaca. Esa práctica equivale, a nuestro ver, a la eutanasia, ya que no siempre la muerte clínica ocurre inmediatamente después de la muerte cerebral.

Generalmente en esos trasplantes son utilizados los órganos de personas que sufrieron accidentes, inclusive vasculares. No hay posibilidades de aprovechar personas que fallecen por vejez o victimadas por molestias de largo curso.

Ahora, en beneficio del accidentado, es importante que, habiendo ocurrido la muerte cerebral, se permita que la Naturaleza siga su curso y que la muerte clínica venga de manera natural. Algunas horas, días o semanas en esa situación, aunque representen perturbación y angustia para los familiares, ofrecerán un desencarne menos traumatizante al Espíritu. En el futuro la Medicina desarrollará, ciertamente, técnicas que permitan la retirada de esos órganos vitales para la donación después de consumarse la muerte, sin medidas drásticas pasibles de complicar el proceso desencarnatorio.

Bendecida caridad

Uno de los trasplantes más sencillos, con problemas mínimos de rechazo y de resultados extremadamente felices, es el de córnea.

La cirugía para la retirada de los ojos del donador es rápida, no deja marcas exteriores y puede ser realizada hasta seis horas después de la muerte, lo que evita el problema a que nos referimos en el capítulo anterior.

Todos podemos donar nuestros ojos, sin restricciones en cuanto a la edad o a las circunstancias de la muerte. Desde que no estén comprometidas por lesiones, las corneas serán aprovechadas. Para hacerlo basta buscar un banco de ojos en nuestra ciudad (funciona generalmente en un hospital) y realizar la inscripción. En ciudades menores cualquier médico, oftalmólogo de preferencia, orientará al respecto.

Paralelamente, informemos a los familiares sobre las disposiciones, para la posibilidad de nuestro fallecimiento. Sobre todo, es necesario concientizarlos de que no les compete contrariar nuestras disposiciones al respecto del cuerpo que dejamos. Nuestra voluntad debe ser respetada. Ese cuidado es indispensable, ya que alguien deberá dar el consentimiento para la cirugía y es muy común que nadie se disponga a hacerlo.

Prevalecen en esas ocasiones las supersticiones milenarias al respecto de la muerte. Muchos consideran una profanación el aprovechar los órganos del difunto, dominados por viejos condicionamientos. Más allá de constituir un ejercicio de valor, rompiendo con arraigados preconceptos, la donación de los ojos es un bendecido acto de caridad.

Imaginemos nuestra alegría en la Espiritualidad, al recibir la noticia de que nuestra modesta contribución, pequeña parte de una ropa en desuso, proporcionó a alguien el más precioso de todos los tesoros: ¡el don de ver! Y no tengamos duda de que habrá un cuidado más amplio de los benefactores espirituales, evitando que nuestra generosidad implique cualquier perturbación para nosotros, proporcionándonos, aun, condiciones para que más fácilmente superemos los problemas de adaptación a las realidades de más allá del túmulo. A ese propósito, oportuno destacar la experiencia del joven Wladimir Cezar Ranieri, descrita en el libro "Amor e Saudade", organizado por Rubens Sílvio Germinhasi, con mensajes psicografiados por Francisco Cândido Xavier.

Wladimir hizo la donación de sus ojos, extraídos después de la muerte motivada por un disparo que le alcanzó el pecho. Transcribimos fragmentos del mensaje del joven suicida, dirigida a los padres, donde hay referencias a los beneficios que recogió como donador, a pesar del gesto loco:

“Se que entré en una pesadilla en que veía mi propia sangre brotando del pecho como si aquel hilo rojo no hubiese manera de acabar”.

“El suicida es un detenido sin barrotes”.

“Admito que los hermanos con problemas semejantes a los míos se reconocen presos sin cadenas y sin cárcel, porque nadie huye de si mismo”.

“Gracias a Dios, mejoré de la hemorragia incesante que me enloquecía. Después de algunas semanas de aflicciones, un médico apareció con una buena nueva”.

“Él me decía que las oraciones de una persona que se benefició con las córneas que doné al Banco de Ojos se habían transformado para mí en un pequeño tapón que, colocado sobre mi pecho en el lugar donde el proyectil me alcanzó, hizo cesar el flujo de sangre inmediatamente. Yo, que no hice bien a los otros, que olvidé siempre la hora de servir, comprendí que el bien mismo hecho involuntariamente por una persona muerta es capaz de revigorizarnos las fuerzas de la existencia”.

Curiosa obsesión

Las tensiones y tristezas consecuencia del fallecimiento de un ser querido, cuando no son usados bendecidos recursos de la oración y de la aceptación, pueden generar problemas de salud.

Si recusamos buscar la normalidad, con el retorno a las rutinas del día a día, cultivando la vocación de vivir, fatalmente recogeremos complicados desajustes físicos y psíquicos. Por extraño que parezca, puede contribuir para tal situación la presencia del fallecido que, sin estar preparado para las realidades del más allá del túmulo y desconociendo su estado, retorna al hogar, tendiendo a asociarse mediúmicamente a los componentes del grupo familiar. De ahí la razón por la cual hay personas que experimentan los mismos síntomas del mal que lo afligía. Si el fallecimiento fue una consecuencia de una grave crisis pulmonar, sienten en el pecho, opresión, falta de aire...

Es que, frente la unión establecida, el muerto les transmite impresiones no superadas, relacionadas con el final de su existencia, obrando como un sonámbulo que habla y escucha, perturbándose porque nadie le presta atención.

El tratamiento médico ayuda, pero no resuelve, ya que alcanza solo efectos, sin resolver las causas.

La Doctrina Espirita, que se presenta en una vanguardia en relación con el asunto, ofrece amplios recursos de ayuda a las dos partes: El reencarnado se beneficia en el Centro Espirita con el pase magnético, el agua fluidificada, la orientación del cómo encarar la muerte y la visión objetiva de la existencia humana.

El desencarnado que, imantado al enfermo, también comparece y recibe valiosa asistencia de los benefactores espirituales, destacándose la manifestación mediúmica, cuando en contacto con las energías físicas del médium, se revigoriza y experimenta momentos de lucidez, como alguien que despertase de un largo sueño, habilitándose a ser esclarecido. Se deshace, así, el proceso obsesivo movido involuntariamente por el desencarnado, que solo buscaba socorro, amparo, atención...

Resáltese que, no es raro, él es mucho más obsediado que obsesor. Sin defensa y sin preparación para la vida espiritual, es atraído por los familiares, cuando estos se recusan a superar la angustia de la separación, entrando en un proceso de fijación mental que lo confunde y retiene, incluso cuando se disponga a seguir su camino en el Más Allá. Por eso, tan importante como esclarecer Espíritus que perturban a la familia es doctrinar a la familia para que no perturbe a los Espíritus.

Lo más importante

¿Debemos informar al paciente terminal sobre su situación? ¿No tiene el derecho de saber que es un condenado a la muerte? ¿Qué su hora está cerca? ¿Eso no lo ayudará a prepararse para la gran transición? Difícil responder, ya que raros se disponen a encarar el asunto con serenidad.

Miedo, inseguridad, apego a la vida física y a la familia, caracterizan las reacciones del hombre común delante de la muerte, creándole serios problemas al desligamiento espiritual, como el morador de una residencia en ruinas que rechazase admitir la necesidad de dejarla.

En las situaciones más críticas es común el paciente iludirse a si mismo, alimentando la esperanza de que va a mejorar. Eso ocurre hasta incluso con personas inteligentes y cultas, con plena condición para comprender que están en el fin.

Integrando un grupo de asistencia espiritual, visité durante algún tiempo a un enfermo terminal. Se trataba de un señor de avanzada edad, con gravísimos problemas circulatorios. No obstante, debilitado y preso a la cama desde que sufrió el último espasmo cerebral, se mostraba lúcido, recibiendo con satisfacción el estudio de “El Evangelio según el Espiritismo”, las oraciones, el pase magnético, el agua fluidificada.

Procurábamos, en la apreciación de la lectura, abordar el problema de la muerte, situándola como una carta de liberación para el Espíritu. Y destacábamos, delicadamente, que las personas mayores están más cerca de la gran transición y deberían prepararse para el retorno a la Espiritualidad, cultivando desprendimiento y confianza en Dios. Entretanto, el enfermo, aunque imposibilitado de hablar, movía vigorosamente la mano, respondiendo con elocuente mímica: “¡No! ¡No pretendía morir!”

En otras oportunidades, en el cuidado de familiares en idéntica situación, sentí esa resistencia. En los momentos cruciales, ya bien cerca del fin, proclamaban la certeza de que el mal no era tan grave y que, con la ayuda de Dios; podrían superarlo.

Forzoso concluir que si el enfermo no quiere admitir la precariedad de su condición; opone resistencia a las perspectivas de la propia muerte, si intenta iludirse con la idea de su recuperación, mejor no contrariarlo. Más importante será ofrecerle cariño y atención.

Los dos extremos de la vida son semejantes. Así como el recién nacido, el desencarnante es extremadamente dependiente, tanto desde el punto de vista físico como emocional. Necesita de cuidados y, sobre todo, desea, desesperadamente, sentir que es amado, que se preocupan con él, que no lo consideran un peso.

Nada más triste para el paciente terminal que la soledad, relegado a una cama de hospital, donde los afectos más queridos a su corazón asumen la postura de visitas. Comparecen emocionados, sensibilizados con su dolor, pero apesados, con mil compromisos.

¡No comprenden que su compromiso mayor es estar al lado de aquel Espíritu que está
punto de dejar la Tierra, ofreciéndole las bendiciones de su presencia, de su solicitud, de
su consideración!

Raíces de estabilidad

Según investigaciones realizadas por la revista “Psychology Today”, lo que las personas más temen es el fallecimiento de un ser querido. Mucha gente simplemente se recusa a pensar en esa posibilidad, incluso en relación con familiares mayores.

¡En cuanto a los hijos, ni pensarlo!...

Hay una tendencia muy humana de extender raíces de estabilidad emocional esencialmente en el suelo de la afectividad, envolviendo particularmente a los familiares.

Nos sentimos más seguros así, dispuestos a enfrentar las luchas de la existencia. El problema es que, delante del fallecimiento de alguien muy querido en su corazón, el individuo se desequilibra, como si le faltase el suelo debajo de los pies, y cayendo en crisis de desespero. Por largo tiempo se siente mutilado emocionalmente, sin apoyo, sin ánimo, sin disposición para vivir...

A fin de evitar tales perjuicios es necesario que aprendamos a convivir con la muerte, aceptándola como experiencia evolutiva propia del mundo en que vivimos y que, probamente, antes que ella nos venga a buscar, se llevará, dentro de muchos años o de algunos días, a un ser amado. Deberíamos estar siempre “preparados”, esto es, pensar en esa posibilidad, sin desánimo, sin vocación para el pesimismo, solo ejerciendo la capacidad de ser realistas.

No se trata de asumir fría racionalidad, reduciendo nuestros afectos a meras piezas que admitimos perder en el juego del destino, sino de buscar comprender los mecanismos de la Vida, a fin de no sentirnos al margen de ella, como si no hubiese más razón para vivir, porque el ser amado partió.

Llegada y partida, convivencia y soledad, unión y separación, vida y muerte, son antítesis existenciales que se repiten en el reloj de los siglos, trabajando nuestra personalidad en la dinámica de la evolución, de conformidad con los designios sabios y justos de Dios. Por eso, en nuestro propio beneficio, es necesario que extendamos otras raíces de estabilidad emocional, comenzando por el empeño de cumplir las finalidades de la jornada terrestre.

La convivencia con seres queridos es importante, pero representa solo parte de las motivaciones que debemos cultivar. Hay otras inaplazables, fundamentales: el perfeccionamiento intelectual y moral, el esfuerzo de autorrenovación, la participación activa en el medio social al servicio del Bien, el desarrollo de valores espirituales...

Semejantes iniciativas encienden en nuestro pecho la llama divina del ideal, que ilumina los caminos, ofreciéndonos bienestar y seguridad en todas las situaciones.

Cuando cultivamos el ideal, asumiendo la condición de hijos de Dios, creados a Su imagen y semejanza, desarrollamos nuestras potencialidades creadoras, volviéndonos más capaces de amar, relacionándonos mejor con los familiares, estrechando lazos de

afinidad, pero el desprendimiento marcará nuestras efusiones afectivas, permitiéndonos mantener el equilibrio y la serenidad cuando la muerte venga a buscar a alguien de nuestro círculo íntimo.

Joyas devueltas

Existe una palabra llave para enfrentar con serenidad y equilibrio la muerte de un ser querido: sumisión.

La sumisión expresa la disposición de aceptar lo inevitable, considerando que, encima de los deseos humanos, prevalece la voluntad soberana de Dios, que nos ofrece la experiencia de la muerte en favor del perfeccionamiento de nuestra vida.

A ese propósito, oportuno recordar la antigua historia oriental sobre un rabí, predicador religioso judío que vivía muy feliz con su virtuosa esposa y dos hijos admirables, jóvenes inteligentes y activos, amorosos y disciplinados. Por fuerza de sus actividades, cierta vez el rabí se ausentó por varios días, en un largo viaje. En ese ínterin, un grave accidente provocó la muerte de los dos jóvenes.

¡Podemos imaginar el dolor de aquella madre!... No obstante, era una mujer muy fuerte. Apoyada en la fe y en la inquebrantable confianza en Dios, soportó valerosamente el impacto.

Su preocupación mayor era el marido. ¿¿Como transmitirle la terrible noticia?!... Temía que una conmoción fuerte tuviese funestas consecuencias, ya que él era portador de una peligrosa insuficiencia cardiaca. Oró mucho, implorando a Dios una inspiración. El Señor no la dejó sin respuesta...

Pasados algunos días el rabí retornó al hogar. Llegó a la tarde, cansado después de un largo viaje, pero muy feliz. Abrazó cariñosamente a la esposa y fue luego preguntando por los hijos...

- No te preocupes, mi querido. Ellos vendrán después. Ve a bañarte, mientras preparo la merienda.

Poco después, sentados a la mesa, intercambiaban comentarios de lo cotidiano, en aquel dulce encanto de cónyuges amorosos, después de una breve separación.

- ¿Y los chicos? ¿Están tardando!...

- Deja a los chicos.... Quiero que me ayudes a resolver un grave problema...

- ¿Qué pasó? ¡Noté que estás muy abatida!... ¡Habla! ¡Lo resolveremos juntos con la ayuda de Dios!...

- Cuando viajaste, un amigo nuestro me buscó y me confió a mis cuidados dos joyas de incalculable valor. ¡Son extraordinariamente preciosas! ¡Nunca vi nada igual! El problema es este: él viene a buscarlas y no estoy con disposición para devolvérselas.

- ¡Pero mujer! ¡No veo normal tu comportamiento! ¡Nunca fuiste vanidosa!...

- Es que nunca vi joyas así. ¡Son divinas, maravillosas!...

- Pero no te pertenecen...

- ¡No consigo aceptar la perspectiva de perderlas!...
- Nadie pierde lo que no tiene. ¡Retenerlas equivaldría a un robo!
- ¡Ayúdame!...
- Claro que lo haré. ¡Iremos juntos a devolverlas, hoy mismo!
- Pues bien, querido mío, sea hecha tu voluntad. El tesoro será devuelto. En verdad eso ya se ha hecho. Las joyas eran nuestros hijos. Dios, que nos los concedió por préstamo, a nuestro cuidado, ¡vino a buscarlos!...

El rabí comprendió el mensaje y, aunque experimentando la angustia que aquella separación le imponía, superó reacciones más fuertes, pasibles de perjudicarlo. Marido y mujer se abrazaron emocionados, mezclando lágrimas que se derramaban por sus mejillas mansamente, sin bullicios de rebeldía o desespero, y pronunciaron, al unísono, las santas palabras de Job: “Dios da, Dios quita. Bendito sea Su santo nombre”.

Pasaporte

“Aprende a vivir bien y sabrás morir bien”

Confucio

Después de la presentación de la conferencia sobre la muerte, en una ciudad de Rio Grande do Sul, cuando yo respondía preguntas del público, una joven comentó:

“El tema me impresiona de sobremanera. Por eso comparecí a esta reunión, incluso siendo espírita. Debo confesar, entretanto, que después de sus esclarecimientos, yo, que siempre sentí miedo a la muerte, ¡ahora estoy asustada!”

Felizmente esa pintoresca confesión es una excepción. Como el miedo a la muerte transcurre, generalmente, de la falta de información, he constatado que muchas personas se preparan para encarnarla con serenidad cuando tienen conocimiento del asunto.

Imperioso reconocer, entretanto, que solamente nos libremos definitivamente de temores y dudas cuando nos ajustamos a las realidades espirituales descubiertas por la Doctrina Espírita, procurando definir el significado de la experiencia humana.

Espíritus eternos, transitoriamente encarcelados en la carne, no podemos olvidar que nuestra morada definitiva, legítima, se sitúa en el Plano Espiritual, donde ampliaremos nuestros niveles en la medida en que superemos los imperativos de la encarnación en mundos densos como la Tierra, donde las dificultades y limitaciones existentes funcionan como lijas necesarias para pulir nuestras más grandes imperfecciones.

Si hacemos de la reencarnación una estación de vacaciones, marcada por el acomodamiento y por la indiferencia; si la concebimos como un casino para un irresponsable juego de emociones; si pretendemos un cielo artificial sustentado por vicios y pasiones; si cultivamos bienestar y seguridad en el suelo engañoso de los intereses inmediatistas, alejados de los objetivos de la existencia, fatalmente sentiremos miedo de morir. Al final todo eso se quedará atrás. Y algo nos dice en lo más íntimo de nuestro ser, que nos será cobrado el compromiso de la vida y la falta de preparación para la muerte.

Aquellos que transitan distraídos de las finalidades de la jornada reencarnatoria, constatarán, desalentados y tristes, que la muerte, ángel liberador que debería descubrirles maravillosos horizontes espirituales, solo revela los pesados grilletes que colocarán en sí mismos, por hacer de la existencia un ejercicio de inconsecuencia, aplazando el esfuerzo de la propia renovación.

En nuestro beneficio, es fundamental que desarrollemos una conciencia de eternidad, reconociendo que no somos meros aglomerados celulares dotados de inteligencia, seres biológicos que surgieron en la cuna y desaparecerán, aniquilados, en el túmulo.

¡Somos Espíritus eternos! ¡Ya existíamos antes de la cuna y continuaremos existiendo después del túmulo! Es necesario vivir en función de esa realidad, superando mezquinas

ilusiones, a fin de que, libres y firmes, busquemos los valores inalienables de la virtud y del conocimiento, ¡nuestro pasaporte para las gloriosas moradas del Infinito!

Difícil definir cuando seremos convocados para el Más Allá. La muerte es como un ladrón. Nadie sabe cómo, cuándo y dónde vendrá. Lo ideal es estar siempre preparados, viviendo cada día como si fuese el último, aprovechando integralmente el tiempo que nos resta en el esfuerzo disciplinado y productivo de quien ofrece lo mejor de si mismo en favor de la edificación humana.

Entonces, si, tendremos un feliz retorno a la patria espiritual, como sugiere el viejo proverbio oriental:

“Cuando naciste todos sonríen, solo tu llorabas. Vive de tal forma que, cuando mueras todos llores, ¡y solo tu sonrías!”